

Moderador: Arquitecto Raúl Farrú A.

Participantes: Arquitectos Alberto Cruz C., Sergio Larraín G. M., Claudio Ferrari.

Este foro reunió una notable cantidad de público, especialmente estudiantes, atraídos por el tema y por la categoría de los participantes.

El objetivo planteado en él era analizar - desde un punto de vista teórico - en qué medida la acción del arquitecto modificaba en términos cualitativos la vida humana.

Si aceptamos que la arquitectura nace para dar un marco formal adecuado a las actividades en que se expresa la vida del hombre - ya sea individual o colectivamente - se puede entender en toda su dimensión la responsabilidad del arquitecto en la calidad de vida que allí surge.

El Tema - vasto como es - permitió diversos enfoques y opiniones. Incluimos aquí la intervención del profesor Alberto Cruz Covarrubias quien abrió el debate con un texto escrito. A continuación Claudio Ferrari analizó el deterioro en la calidad de la vida actual y la importancia del papel del arquitecto en la dignificación de este proceso. Sergio Larraín cerró las exposiciones refiriéndose al tema de la ciudad como hecho cultural y expresión del nombre en comunidad y los problemas que este plantea. Finalmente se produjo un amplio e interesante intercambio de opiniones.

Los organizadores de este Encuentro me han invitado a hablar acerca de la Teoría en la Arquitectura.

Comienzo por decirme que una teoría se constituye como tal, cuidando - evidentemente - de su propia contextura a la par que repara en los modos a través de los cuales ella se expone.

Al respecto, se tiene que los arquitectos se constituyen en instancias: se tiene hoy la instancia del Colegio de Arquitectos, donde se vela por el desempeño del ejercicio profesional; se tiene la instancia de la Universidad, donde se enseña la arquitectura de manera sistemática, y se tiene esa instancia donde los arquitectos hablan a título personal.

Para referirme a este tema de la teoría, he creído del caso situarme en esta última instancia y lo que venga a exponer aclarará porque me permito hablar a título personal.

Quisiera entonces señalar que los arquitectos ejercen su profesión en base a ciertos entendidos. Naturalmente que podrá pensarse que dichos entendidos no son los que digo o que alcanzan otras significaciones; sin embargo, creo conveniente esbozarlos.

El primer entendido dice de algo que caso por sabido se calla y por callado se olvida. Se trata de lo que podemos llamar un entendido de fecundidad.

Porque, repárese que los arquitectos ejercen en el entendido que su oficio siempre les permitirá encarar con igual entereza y lucidez los casos. Son, a semejanza de los médicos, que día y noche atienden a sus enfermos. El quehacer de los arquitectos tiene para sí que se constituye, afirma y madura a partir de una continuidad; una continuidad que permanentemente sabe resolver casos y cosas.

Ahora bien, hay que señalar que en un quehacer que se constituye a partir de su propia continuidad, se da naturalmente la tendencia a apoyarse en esa dimensión de trabajo que todo quehacer lleva consigo. Así, colocar uno a uno los ladrillos es trabajo; que ellos manifiesten realmente - por ejemplo - lo rectilíneo, es algo que sitúa más allá del puro trabajo.

Así mismo, esa tendencia a apoyarse en una dimensión de trabajo lleva naturalmente a apoyarse en una dimensión ética. Pues se ha de trabajar con probidad, no con ligereza.

El trabajo - ciertamente - es uno de los primeros apoyos del hombre. Uno que dice, en el sentido más amplio, de lo jurídico. Pues en el trabajo - en sí mismo - se trata de cumplir reglas y no de contravenir las.

Hay teorías que reparan en todo esto y buscan cómo mejorar, densificar, profundizar esta dimensión de trabajo, evitando que se incurra en desaciertos, errores, aberraciones. Son teorías morales, en verdad.

Hay otras teorías, ya no sólo morales que explican la naturaleza de la fecundidad - sea que la apoyen en el trabajo o además en otras dimensiones - y que la tienen por fruto de la ciencia o de la tecnología, o bien, de la filosofía, las matemáticas, el arte.

Ahora no podemos tocarlas, ni referirnos tampoco a cuánto esta dimensión del trabajo tiñe las concepciones mismas; piénsese al respecto cómo se concibe el urbanismo.

Pero si podemos, entender que corrientemente la fecundidad se la apoya en una continuidad de trabajo, éticamente proba y que sabe expresarse jurídicamente. Y que tal modo no agota aquello que es el oficio del arquitecto, pues se lo puede pensar con el trabajo y lo que él desencadena a la par que más allá de éste.

Pasemos al segundo entendido. Sirve de base al anterior. Tiene para sí que en las obras, su fin en cuanto finalidad que se persigue y su fin en cuanto finiquito de la ejecución, armonizan de suyo. Tal como sucede en la pintura, en que el fin que persigue el cuadro coincide con la última pincelada.

Pero en la arquitectura, la armonía, entre finalidad perseguida y el finiquito de la obra no es algo dado, no es algo que esa dimensión de trabajo simplemente tome, sino que es asunto que la fecundidad cada vez ha de encarar y resolver.

Y ello porque el finiquito conjuga diferentes coordenadas; por ejemplo, los usos y costumbres de cómo finiquitar algo, el juego de los intereses que señalan límites. Estas coordenadas tocan un modo de pensar y de actuar: el modo de producir; de la producción. Esta, así mismo, tiene su dimensión moral: se trata de producir con orden evitando derroches.

Hay teorías que entienden la armonía de la finalidad y el finiquito a partir de la producción en la cual ésta dicta sus leyes e incluso señala las finalidades que se deben perseguir. Hay otras teorías que sostienen que la producción en vista a un real orden, ha de adecuarse a las finalidades que se conciben.

Cabe reparar que corrientemente se tiende a que la armonía finalidad-finiquito emane mayor o menormente de la producción. Pero ello no agota, como acabamos de ver, el oficio del arquitecto.

El tercer entendido, soporta ambos anteriores.

Se tiene que, evidentemente, las obras han de ser acordadas, sea con clientes, usuarios, ingenieros, especialistas, etc. Vale decir, que el obrar arquitectónico se abre para llegar a acuerdos, para acordar. Para ello, las obras se conciben mediante unidades, que quisiera llamar unidades de lo acordable. La obra se descompone así en dichas unidades y se recompone con ellas para llegar a la armonía de su finalidad-finiquito.

Habría que destacar algo: las unidades acordables son posibles de concebir como tales, porque se las concibe como figuras. Nótese que todo acuerdo, lo que acuerda es precisamente aquello que debe ser; por tanto, no puede procederse en base a ningún dato, seña o referencia, sino en base a algo construido, constituyente, como son las figuras.

Aquí se toca el modo cómo se opera con las figuras; cómo se constituye el ámbito de ellas, el ámbito de la figuración. Demás está decir que se dan teorías al respecto.

Cabe reparar que hoy se actúa corrientemente en el entendido que se practica una figuración sana. A mi parecer, ello proviene de los movimientos d'avant garde de comienzos de siglo — comprendiendo en ellos otros movimientos del pensar y del saber — que se propusieron lograr una purificación de las figuras. Que se trabajara límpida y honradamente con ellas, para no mencionar otras dimensiones más.

Se tiene - entonces - que este entendido de la sana figuración viene a situar dentro del tiempo; no se es un retrógrado. Comparece una dimensión ética. Se accede, así, a la temporalidad o contemporaneidad a través de ella. Y por cierto, otra vez más, tal acceder no agota los modos de acceder.

Esbozados estos entendidos, volvamos a esas instancias del quehacer arquitectónico señaladas al comienzo.

Primero la instancia Universidad. Ella trasmite un saber, se apoya en teorías acerca del saber transmisible, lo que implica un acto de desinterés. Tal acto permite concebir y practicar el transmitir como un regenerar de los desgastes o como otra suerte de vigilia. Así, el transmitir configura el modo de ser profesional. Dentro de él, cada cual ha de configurar su propio itinerario.

La instancia del Colegio de Arquitectos presupone aquella de la Universidad. Al velar por el desempeño profesional es de carácter

ético. Por eso cuando patrocina exposiciones, encuentros, lo hace con este carácter.

Así, en sus exposiciones, sólo se puede testimoniar que se trabaja con probidad. Lo hecho o lo por realizar se alinea, entonces, y se lo explica dentro de una tal dimensión.

Ello implica por parte de quienes deciden participar una operación de interno desinterés, que sepa abstraerse de los intereses más inmediatos que la consecución de la continuidad de la fecundidad lleva casi siempre consigo.

Ahora, vayamos por un instante a la ciudad. Ella quisiera acceder a todo, piénsese en la T.V. Por eso se exponen las obras a quienes no pueden verlas, visitarlas, habitarlas. Pero se tiene que se quiere acceder a todo en el sentido de acceder a la marcha del tiempo.

Aquí se produce el asunto. Pues el Colegio no puede adherirse a una teoría de la contemporaneidad. Eso lo elabora la Universidad. Luego, el Colegio tiene que mantenerse en ese consenso de la época que dice que el trabajo genéricamente hace quedar dentro del tiempo.

La instancia del Colegio se apoya, entonces, en este consenso ético de la dimensión de trabajo; ello significa una operación interna: que se recurra o invoque rectamente los consensos. Recto significa que se mantenga a la vista aquello que siempre pide todo lo ético a la par aquello - antes señalado - que la dimensión trabajo no agota el oficio.

Pasemos a la instancia que he llamado a título personal.

Cada arquitecto - evidentemente - puede, cuándo y cómo guste, invitar a participar en reuniones encuentros, exposiciones, edición de revistas, etc., bajo su propio patrocinio. Vale decir, bajo su postura teórica y su desinterés.

Por cierto que en un lugar en que el Colegio patrocina los arquitectos pueden hacer sus patrocinios. Siempre que se haga el distinguo. Quisiera agregar: el oficio del arquitecto ama la construcción del distinguo.

Sólo me resta señalar que he hablado a título personal - como dije al comienzo - porque sólo así podía tocar los puntos que, a mi parecer, dan respuesta a la invitación que se me hizo.

arquitecto Alberto Cruz Covarrubias